

**SALUSTIANO MARTÍN**

***PASA LA VOZ, HERMANO***

**Bartleby Editores**  
Madrid, 2000

## ÍNDICE

<b>I. Poética y afirmación</b> .....	13
<i>Sea mi nombre Arturo</i> .....	15
<i>Escribas</i> .....	18
<i>Dentro de ti</i> .....	19
<i>Lucha de clases</i> .....	20
<i>Comunistas</i> .....	21
<b>II. No podemos fiarnos del futuro</b> .....	23
<i>Han salido a nosotros</i> .....	25
<i>Esperan nuevas preguntas</i> .....	29
<b>III. La muerte que nos dan</b> .....	35
<i>Parte de bajas</i> .....	37
<i>Palabras para El Hadi</i> .....	38
<i>La carta robada</i> .....	41
<i>Muerte por fuego</i> .....	43
<b>IV. Se obstina en batir sus alas</b> .....	47
<i>Como un lagarto</i> .....	49
<i>Su voz era la nuestra</i> .....	53
<b>V. La rosa luce en la ciudad</b> .....	57
<i>La rosa luce en la ciudad</i> .....	59
<i>Cansados de soñar sin esperanza</i> .....	63
<b>VI. Pasa la voz, hermano</b> .....	67
<i>La historia continúa</i> .....	69
<i>Pasa la voz, hermano</i> .....	73

para María José,  
que me acompaña.

en memoria de  
Rosa Luxemburg y  
Clara Zetkin

*¿Cómo hemos de  
poner los oídos  
para  
ante el abismo de la derrota  
oír ya algo de victoria?*

Erich Fried

*Apoyarse  
precisamente donde uno pierde pie.*

*Sacar por ello fuerzas  
de la flaqueza, del miedo, de la angustia.*

Jorge Riechmann

*Pero la más hermosa de todas las dudas  
es cuando los débiles y desalentados levantan su cabeza  
y dejan de creer  
en la fuerza de sus opresores.*

Bertolt Brecht

# I

## *Poética y afirmación*

*Sea mi nombre Arturo*

Sea mi nombre Arturo, sea  
mi luz como la luz sumida  
de una mujer que sufre,

sea mi sombra como el zumo  
de una raíz sin esperanza.

Pongamos que ambiciono  
alzar mi sangre a las estrellas.

Mis amigos me dicen  
que sigo siendo un inocente:

si creo que es posible  
hacer que broten briznas  
de pan para la próxima  
granazón de los años.

Los que hoy nos alimentan  
agradecen los rumbos  
que sus afanes exigieron,

pero estas horas ya no asilan  
para el asombro del amor ninguna  
nueva ocasión de viaje.

Les pregunto, y no pueden  
darme respuestas que me alumbren,

si en el pasado construyeron otras  
mujeres y otros hombres  
la amargura y los gozos que nos cercan  
en este espacio sin entrañas,

por qué no puede Arturo  
levantar con sus manos los cimientos  
de caminos mejores para el dulce  
temblor de las caricias,

por qué no puede  
romper los grilletes que niegan  
los pasos que sus hijos  
podrían producir para los días  
que esperan tras la noche.

Sostienen que he soñado nuestra senda:

como una flor herida  
que abrió sus brazos en redondo,

como un agua frutal que así calmara  
la sal de los sedientos.

Deducen que mi historia  
es sólo un espejismo  
de tormentas vacías que no auguran  
ninguna huella grávida.

Si Arturo  
existe sólo así sin vida propia,  
  
si nada puede hacerse  
con el dolor de los menudos,  
  
y han de seguir penando su desdicha  
sin que siquiera sepan  
de dónde viene el golpe,  
  
y es todo (pues) inútil,  
  
¿quién ha dispuesto esta tortura  
que me atraviesa el pecho  
de sol cada mañana?



*Escribas*

Se creen el centro de la historia,  
el eje en torno al cual giraran  
el dolor y los gozos  
de los seres humanos.

Empinados encima  
del altar de sus voces,  
con su cabeza les parece  
que pueden muñir la substancia  
de la vida,

y son sólo  
sedentes vacas ni siquiera  
sagradas por las leyes;

prostitutas pintadas  
que alquilan ya los restos  
de un cerebro podrido;

espinazos blanduzcos,

viciosos de su sucia  
reverencia al que paga.

*Dentro de ti*

Si no sales al ruido de la calle,

no te será posible ver

qué les sucede  
detrás de la ventana.

Si

no escribes mientras miras  
cómo lucen las luces  
su oscuridad,

si no  
deletreas con mucho  
cuidado los dolores  
del parto de la noche,

si tu boca no alumbra los gemidos  
que anuncian las urgentes  
entrañas de la fiera,

si

no sufres en tu voz  
sus contracciones:

nadie sabrá  
qué pasa dentro  
de ti,

tras la ventana.

## *Lucha de clases*

"No inventes nada que no puedas  
soñar,  
ni sueños  
aquello que no puedas  
vivir cuando despiertes".

Con sus palabras sancionó el desánimo  
que él mismo había propagado.

Movió su cetro en alto contra el aire,  
midiendo su poder con el silencio  
de los pequeños seres  
humanos, de rodillas  
ante sus plantas poderosas.

Soñaban todos con mirarlo un día  
caído contra el polvo,  
roto el bastón de mando,  
vencida la arrogancia con la fuerza  
de sus sueños vividos.

## *Comunistas*

Los han matado en todas partes,  
según distintas formas:

en el nombre de Dios  
los han matado,  
fusilados contra una tapia;

en nombre de la patria  
los han matado,  
torturados en sótanos;

en nombre del mercado libre  
los han matado,  
acuchillados en sus casas;

en nombre del partido  
los han matado,  
acribillados en Tian An Men;

en nombre de sí mismos  
los han matado,  
enterrados en los gulags;

en nombre de los crímenes  
de sus verdugos

los han matado,

burlados en las tumbas  
que sepultan sus sueños.

Pero aún

resisten.

## II

*No podemos fiarnos del futuro*

*Han salido a nosotros*

1

Así no puede ser,  
  por eso sientes  
que nacen ya cansados tus esfuerzos:

les dices lo que sabes  
y ellos se burlan de la tierra  
baldía que sus gestos  
están haciendo suya.

No puedes ayudarlos  
a alzar ningún camino  
para los aires nuevos que quisieras  
ver en sus rostros.

Qué vigor lograrías  
erguir si los temblores que trasudan  
tropiezan con las sombras  
de todos nuestros sueños.

De los engaños a uno mismo nunca  
surgieron brotes vivos:

no podemos pensar que nuestra estirpe  
quiere que la mañana les anuncie  
de dónde crece su amargura,

quiénes expropian su esperanza.

Éstos que acaso aquí se pierden  
para el sendero que se anuncia  
no son como esperaste  
que iban a ser los hombres y mujeres  
que aguardabas detrás de tus agobios:

tapiado en el olvido  
del mundo que crecía  
sin que tú lo supieras,

el futuro era un riesgo  
que hablaba a tu coraje,

a tu afán de seguir sin tregua,

de hacer de tu nostalgia  
de la vida madura un acicate  
tenaz de la memoria.

Saber era la acción que era preciso  
levantar entre todos  
para poder librarnos de la abulia  
que nos dejaba exánimes.

Pero fuimos vencidos desde dentro.



3

Me dices que no sabes  
de dónde sacaremos,

en estos días  
sin luz  
que nos asfixian,

la fuerza para erguirnos.

Sucede que las horas  
con que aquí nos cruzamos  
son éstas que descubren  
nuestro cuerpo desnudo.

No nos quedan mejores herramientas  
para el afán de esta mañana.

Acaso, compañero,  
es cierta la amargura:

no hay, acaso, vigor en estos brazos  
que acuden a la cita.

Éstos que aquí, remisos,  
repudian su ascendencia,

mientras aguardan a que ultimen  
de salar su cerebro,

no quieren conocer la historia  
que tú puedes contarles,

de qué emoción el rostro que les habla,

o cuál la selva sin futuro  
que preludian sus voces.

No quieren que les digas cómo  
se agobia el vuelo de sus manos,

ni qué pesares  
los acechan detrás del espejismo

que aquí los trunca.

Por eso, compañero,  
tenemos que saber de dónde duele  
nuestra pobre esperanza:

quizá son éstas sólo  
las fibras que nos quedan,

producto de una sangre  
comprada en el mercado.

No sufras el enclenque  
vigor de sus esfuerzos:

han salido a nosotros.

*Esperan nuevas preguntas*

1

De quiénes eran el dolor y el gozo,

de quién la decidida  
voluntad de seguir hacia adelante.

No está la historia escrita,

le pedimos respuestas diferentes  
cada mañana en que respiran  
las dudas en el pecho.

Lo que hemos dicho suena todavía  
cuando nuevas palabras contradicen  
la voz que hablaba,

aquel altivo corazón que pudo  
alzarse.

2

Nosotros fuimos

aquéllos que se echaron a la lucha  
hacia un país

que no existía,

de nosotros la lumbre  
con que tratamos  
de alumbrar la esperanza.

Si el dolor era nuestro,

si nuestras fueron  
aquellas voluntades

porque quisimos que sirvieran  
para trazar el campo  
abierto,

si la herida  
no ha cesado en la calle,

si aún acezan sus uñas  
detrás de las puertas cerradas,

de dónde esta desidia,

de qué lugar la muerte  
sombría que nos tunde  
los hombros hasta el puño.

3

Sus sofismas pretenden  
que es éste el mejor de los mundos  
posibles,

así nos envenenan de cizaña  
los sueños que barruntan nuestros pasos.

Con sus disfraces  
escriben la memoria que no fuimos,

nos pudren el desnudo  
que palpita en las huellas  
con sed que nos preceden.

Aquellos que auguraban  
los aires de un futuro al fin propicio  
han echado el cerrojo.

4

Pienso en las sangres que no me atraviesan,

por qué desánimo no rompo  
los espejos que burlan  
el calor de mis sienes.

Quién nos impide con su yugo  
echarnos a la plaza  
de nuevo a germinar contra el delirio.

Qué nos podría  
suceder si volviésemos  
al aire libre,  
a la calle y sus gentes.

Si nos negáramos  
al ruido de las voces que nos niegan.

Nosotros  
somos aquellos corazones,  
  
arden aún sus sueños.

Están creciendo en este instante  
  
manos que no existían,  
  
frentes llegadas  
para el fervor que nos espera,  
  
luces recién prendidas.

La historia no concluye  
sus señales en este  
recodo del camino.

Cada mañana brotan  
preguntas en que aguardan  
los raros aleteos de respuestas  
sin nombre todavía.

### III

*La muerte que nos dan*  
(*Variaciones para una geografía de España*)



*Parte de bajas*

Anoten esta cifra:

once.

Recuérdela hasta el próximo  
parte de bajas de la guerra.

Son esos  
los mineros que han caído  
aquí en León en los primeros  
ocho meses del año.

Antonio  
Maria  
Carvalho

se llamaba el undécimo.

Nadie sabe si el luto encenderá  
su oscuro sufrimiento  
en el país que abandonó  
en mala hora.

*Palabras para El Hadi*

Es quince de septiembre  
y seguimos muriendo.

Quiero decir

(tal vez  
alguien atiende mis palabras)

que nos siguen matando.

Ya treinta y cuatro hemos caído  
en este duro año del noventa  
y siete,

fructuoso  
campo de batalla,

según los últimos ajustes  
que nos han asestado en el libre  
mercado del trabajo.

Hemos sido hechos trizas  
por reglas que suponen  
ganancia para quien nos ejecuta,

más muertes para nuestra  
memoria desangrada.

y cuatro obreros hemos  
muerto a la fuerza aquí en Madrid.

Cuando con nuestras manos  
edificábamos viviendas  
que no  
iban a ser para nosotros.

El Hadi  
El Háter

se llamaba este cuerpo  
que aquí enterramos.

Había conseguido abandonar  
el hambre de Marruecos  
sin perecer en esa empresa.

Murió de golpe.

Contra el sueño.

Su cabeza vencida  
entre las piernas.

Me parece que nunca  
llegó a sospechar quiénes  
habrían de matarlo.

No sé de sus latidos  
sino un recuerdo que me invento  
para que no se nos olvide.

Acaso  
alguien lo llora desde alguna  
habitación sin esperanza.

*La carta robada*

A veintitrés de agosto leo  
que ya son diez y siete  
en Valencia este año en que España  
camina bien,  
                    según las últimas  
informaciones de la guerra.

Quiero decir que ya son diez  
y siete muertos en la construcción,

diez y siete cadáveres  
con sus huesos helados.

Y no sé qué  
hacer con ellos,

cómo seguir hoy respirando  
con su peso a la espalda,  
                                    con su  
mano escarbando en mi faringe.

Enfermo de desánimo.

Contagiado de inercia.

Y de puños caídos.

Si miro hacia adelante  
con los ojos cerrados

para no verlos rotos,

con su clavícula en la frente

chorreando silencio

desde antes de irse.

Sus hermanos de muerte,

los que tendrán que huir

hasta que caigan en las trampas

de la lucha

y la piedra

los triture hasta el polvo,

no saben

de qué lugar desierto

crece la peste.

Acaso de tan claro como está

quiénes acopian el dinero

que aquí nos pudre la esperanza.

Diecisiete cadáveres

con los ojos tapiados.

*Muerte por fuego*

Francisca la de Cádiz,

muerta

sin días para el gozo de la tarde  
del descanso tranquilo,

va olvidando los gritos de los hombres

y el golpeteo de la sangre

que fluye desde el pozo

amargo de su vida

sin ganancia posible,

perdedora

desde el principio de su llanto.

Los brazos de sus hijas

recogen en susurros las pavesas

que deja su esqueleto.

Al ir a caminar,

fue atravesada

por el redoble de las horas

que vivió en la agonía,

por el silencio de aquellas amables  
que nunca acariciaron  
la angustia de su pecho.

Oh tú,

mujer,

trabajadora

o bien burguesa,

que respiras con tus palabras

o que vives uncida al yugo

y tiras del arado hacia poniente,

ten en cuenta a esta flor:

en otro tiempo

hubiera brillado con gotas

de rocío, gallarda

bajo la luz de las auroras

y hermosa como tú.

Recuerda

que su muerte no está en este poema

sino en la historia que te trajo



hasta estas líneas

y puede

llevarte por caminos semejantes.

Recuerda el desenlace triste  
de su estéril agobio.

Recuérdala en la hoguera.

Y recuérdasela a las otras  
hermanas.

#### IV

*Se obstina en batir sus alas*

*Como un lagarto*

Brotó su luz de la palabra,  
en medio del terror de los cadáveres.

Sus bocas se ofrecían,  
latiendo entre los hombros  
alambrados de espino,

cuando eran fuego los muñones  
y la sangre caliente  
aún era un reguero que agobiaba  
la tierra con sus uñas.

Amaneció. Se oían sus reclamos

de alerta, y nada pudo  
hacer el hierro y nada  
el tanque y nada la tortura

para que no siguiera hablando.

Buscado por la muerte,  
sostuvo en alto su coraje.

Chirriaban los colmillos del soldado  
con la esperanza de sus vísceras,  
y no pudieron  
hincarse en sus gargantas.

Perseguidos sus cuerpos,  
en ellos germinaron las caricias.

Supo esconder su fuerza  
detrás de los dolores de los muros,

mientras el grito del chacal urgía  
las letales consignas  
de los nuevos poderes

y los aires sonaban  
con fragor de cadenas.

Mantuvo su valor bajo el agobio,

siempre al acecho allí donde los amos  
rugieron su asechanza

y los menudos sollozaron  
en catres de amargura.

Brillaban los chasquidos de los huesos  
de los débiles miembros  
que aún se resistían,

y entre su sed se alzaba,

desoyendo los yugos,

flaco rostro que nadie conocía  
y todos perjuraban haber visto.

Mujer,

era posible,  
crecida desde el llanto  
de sus hijas y hermanas:  
famélica y frutal, anuncio  
de la muerte y del gozo,  
rigor contra el designio  
de los dueños del aire.

No sino un hombre macilento  
venido del pasado con su rabia,

mentían otros con temor  
al mal desconocido.

Cercadas por la grey de las antorchas,

sus sombras fueron avistadas  
en las esquinas sucias  
de las ciudades.

Se las vio caminar sin prisa  
por los barrios más pobres:

allí donde el poder les predicaba  
los rostros de su espanto.

Difundida su fama por el miedo  
a lo distinto que discrepa  
del orden de la cárcel,

el ser humano prosiguió en su lucha,

negando su extinción a la violencia

y a las leyes urdidas  
contra el ánimo libre:

como un ave nocturna  
de rara carne y huesos  
que se obstina en batir sus alas,  
mordidas por el óxido del luto;

como un lagarto,  
de feraz andadura,  
que salva a su progenie  
de las llamas del odio.

Así,  
de esa manera memorable

sobrevivió su frágil esqueleto.

Hasta estos días.

*Su voz era la nuestra*

Sabíamos que estaba:

no se podían oír sus latidos  
detrás de los embustes del periódico,

pero era cierta su presencia:

como una luz que enardeciese  
nuestra floja vigilia,

más allá de las órdenes,  
llenas de tiempo indescifrable,  
que aquí nos sujetaban  
agarrados del cuello.

Mi hermana me decía  
que era preciso que existiera  
su coraje, forzoso  
que las cosas hablaran con sentido.

De lo que era capaz de hacer su impulso  
surtiría sin duda  
nuestra dulce existencia próxima,

la ilusión que nos iba a dar felices  
amaneceres sin desánimo.

Luego pasó la sed de nuestro arroyo.

Pasó nuestra esperanza:

la memoria  
del origen de nuestras huellas.

Muchos siguieron travesías  
que los sacaron de la ruta.

Supe después que huíamos  
a solas con el miedo,

que nunca había habido nadie  
al otro lado de la sombra  
que alzaba nuestra pena.

La nostalgia produjo pesadillas  
que cegaron los ojos.

El horizonte que veíamos  
era una casa sucia,  
podrida de tahures  
que eran los dueños de las llaves.

Ningún fantasma convincente hubo  
que nos viniera  
a liberar de la desdicha.



Despojos de los sueños,  
pudimos comprender por fin la historia  
que nos estaba maniatando:

los latidos que entonces yo creía  
oír como una luz oculta

surgen de los tenaces aleteos  
de la brizna de afán que somos.

En nuestro pecho son ahora  
los mismos que sonaban  
con su pobre respuesta.

Tal vez ellos construyan  
los días que esperamos.

Si aún su voz es débil,  
pueden hablar con ella las palabras

no una ficción:

reales  
agobios que nos hieren,

este resuello mínimo:

un empuje que es propio  
de la flaca razón en que bebemos

y nos desvela contra el sucio  
poder que nos destruye.

En eso estamos hoy  
a duras penas:

si no con el vigor que se requiere,

aún seguimos.

V

*La rosa luce en la ciudad*

*La rosa luce en la ciudad*

1

Ya no respiran mis pulmones,  
están llenos del agua  
fangosa de la muerte.

Sobre la calle quedan  
las palabras que estuve alzando  
para la vida ardiente que esperaba:

aún siguen defendiendo  
su suerte como pueden.

Las usan de herramienta  
compañeros que no me conocían;

tiernos seres sin aire en el costado  
que no han nacido y sufren  
lo que hicimos nosotros.

Mi cuerpo es un desierto de ceniza  
que arrastra una corriente sin destino.

Lo que pensé para todos vosotros  
era mi forma de abrazarnos,  
de unir mi boca a vuestras bocas.

Sólo vosotros existís y existen  
los signos que señalan las heridas.

Bajo su voz mi sangre  
ya no levanta su bandera,  
*la roja insignia del valor*  
con que quise ayudarnos.

Los asesinos han vencido  
con balas mis pulmones.

Os dejo sólo lo que dije:

mirad qué hacéis con ello.

Era pequeña.

Incluso más pequeña  
que muchas de nosotras.

Pero hablaba,

y entonces  
se poblaba el vacío cauteloso  
con la luz de la aurora,

y en todas las ciudades  
marchábamos al tajo las mujeres

(y marchaban los hombres)

con un latido de esperanza.

Y éramos dignas en el pecho  
como una rosa contra el aire.

Porque estábamos vivas  
y todo estaba por hacer y lo íbamos  
a izar con nuestros hombros.

Su voz nos explicaba  
que las palabras solas no eran útiles.

Y allí donde ella ardía,  
su fuerza era capaz de dar sentido  
a los objetos que tocábamos,

de trazar el contorno de los dioses  
humanos que no nos dejaban  
seguir creciendo.

Nos hacía saber con su paciencia  
aún más que con los signos  
que escribían sus manos.

Su nombre luce sobre nuestras calles  
como una huella.

*Cansados de soñar sin esperanza*

1

Muchos seres humanos  
han sucumbido desde entonces.

La peor pesadilla de sus sueños  
está sobre nosotros:

la hemos ido dejando  
penetrar en las venas de la frágil  
vigilia de la duda.

Ya nadie  
puede quedar a salvo en estos días  
tras las paredes de su ombligo:

la peste mata dentro del cerebro,

en el reducto en que los hombres  
y las mujeres se refugian  
del viento disolvente del negocio,

allí donde se piensan  
a solas con su calma,

a solas con su gajo  
de sólido egoísmo.



Hoy nadie está seguro,

aunque se esconda  
detrás de su silencio.

2

Su voz me sigue hablando.

Su voz asesinada no me deja  
retirarme a mi aldea:

soy parte de la sangre pervertida  
en estos años de eficaz matanza,

soy parte del machete  
que ha sajado el cerebro  
de las mujeres

y los hombres

libres

hasta dejarlos reducidos

a logreros fantoques  
de su propia impostura.

Huir es un refugio sin futuro.

p. 64

También en el retiro  
la lluvia es lluvia ácida.

Los árboles también se están quemando.

También nuestras mentiras  
segregan muerte en el callado  
rumor de las salas sin nadie.

Aquí también nos nacen brotes  
de metales pesados bajo el alma.

También en el silencio  
somos objetos de negocio.

3

Su sangre nos habló del asesino.

Nos enseñó a guardarnos  
de aquéllos que mentían con palabras  
de hermosos pensamientos.

Pero de nada pudo  
servir a los dormidos.

Digo sólo en mi nombre:  
de mi propia amargura.

Quiero creer que no está sola

y vive sin ensueño la existencia  
de dolores iguales.

Nos cercan  
nuevos caminos sin salida,

parecidas cegueras.

La luz murió.

Su nombre  
nos recuerda ciertos impulsos,

cierta pasión del ser humano.

Tomaremos de Rosa sus palabras,  
el ejemplo feraz de su paciencia;

de nuestra historia, sus relatos  
de gozo y de desdicha,  
las pruebas de las trampas en que ardimos;

de nosotros todo el esfuerzo,

la resistencia y sus razones libres,

el desconsuelo de los muertos

que se nos han avecindado  
detrás de las pupilas

cansados de soñar sin esperanza.

VI

*Pasa la voz, hermano*

*La historia continúa*

1

Se acaba este milenio.

Procesiones

de antorchas nos anuncian nuevas  
muertes a manos del verdugo,

cristales rotos en la noche.

2

Felices los derrumbes de los muros,

mentira las palabras que auguraban  
la puesta en libertad de algún esclavo.

Abiertos los cerrojos,

barrotes más sutiles aprisionan  
a esos seres humanos que se habían  
soñado libres,

se han erguido  
tan sólo los poderes del dinero.

3

Los miserables siguen  
viviendo en su miseria.

Fue dura la caída  
contra la tasa de ganancia.

Los sojuzgados buscan enemigos:  
miran su cara en el espejo.

Otra vez los que pierden  
se vengan en las víctimas.

El crimen deja réditos seguros.

4

En el siglo que acecha,  
tras el recodo en sombra del milenio,

nos seguirá pariendo monstruos  
la semilla feroz de nuestro siglo.

5

Te digo que es preciso,  
hermano,  
que empiece ya la resistencia:

nombrar lo que nos pasa,  
saber por qué sucede,

buscar en el pasado,  
en las sangres oscuras  
que ciegan nuestros sueños,  
respuestas a este orden  
que será ya futuro  
cuando nos haya hundido  
en los mismos agobios  
que nunca abandonamos.

6

No dejes que te empujen,  
no des un paso atrás,

resiste.

No sólo por tu vida,  
no sólo por nosotros,

los que estamos aquí,

a cuerpo

debajo de este pasmo

letal de la derrota.

7

Detrás la historia sigue.

Procesiones de antorchas.

Cristales rotos en la noche.

Afanosos verdugos.

Nuevos hombres y nuevas

mujeres

resistiendo.





de quiénes son los que florecen  
con el duro fervor de nuestro empuje,

de quiénes  
                                  nos impiden  
crecer hasta la altura  
de la vida y sus gracias.

Nuestro enemigo es fácil  
de distinguir,  
                                  podemos  
llamarlo *tasa de ganancia*.

Cayeron los muros  
que tú sabes,  
                                  hermano:  
aleluya.

En este instante el mundo  
es una sola  
prisión sin excepciones.

Ya sólo nos vigila un carcelero  
al otro lado de la lápida.

Sólo nos puede  
causar temor aquel agobio  
                                  inútil  
que es preciso dejar a nuestra espalda.



No hay que dejar que continúen  
fraguando su vigor con nuestro empeño,

que se crezcan aupándose  
encima de la estéril  
congoja que nos vence.

Podemos,  
                  todos  
                          juntos,

hacer que se desarmen los mercados  
que los burgueses utilizan  
para urdir sus negocios,

donde todo se compra,  
donde los hombres  
y las mujeres tienen precio.

Hacer que las venas abiertas  
del sudor se les cierren,

que no puedan seguir dañando al aire.

Trabaja, compañero,  
                          con paciencia.

Descubre con cuidado  
quiénes te afligen la esperanza.

No dejes que te engañen.

Sólo nos queda un enemigo.

*Otro tiempo vendrá distinto a éste.*

Ángel González

*todo está aún por hacer.*

Jorge Riechmann

*No podemos fiarnos del futuro.  
El momento de la verdad es ahora.*

John Berger

febrero 1996-septiembre 1999

p. 79